

El valor desconocido

HERMANN BROCH

TRADUCCIÓN de ISABEL GARCÍA A DÁNEZ

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Die Unbekannte Größe

Copyright © SUHRKAMP VERLAG FRANKFURT AM MAIN, 1977

Todos los derechos reservados y gestionados por
Shurkamp Verlag Berlin

Primera edición: 2020

Traducción
© ISABEL GARCÍA ADÁNEZ

Imagen de portada
© ALFRED EISENSTAEDT /The LIFE Picture Collection via Getty Images

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V. , 2020
América 109,
Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España
www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGÓ

Formación
GRAFIME

ISBN : 978-84-18342-20-2



El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea.
Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor.
La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE

CUARTA PARTE

QUINTA PARTE

PRIMERA PARTE

1

El aula de Física, con sus hileras de bancos blancos lacados y sus paredes de azulejo blanco, transmitía una sensación de higiene. Encima de la larga mesa del profesor, al pie del anfiteatro, había un juego de recipientes de cristal de curiosas formas retorcidas, y el bedel del laboratorio, Anton Krispin, estaba recogién-dolas. Era un hombre bajito, mal afeitado, la bata de loneta negra le colgaba de los hombros sucia y sin planchar, del chaleco a cuadros le asomaba como un péndulo una cadena de reloj plateada y necesitaba ponerse de puntillas para limpiar la pizarra negra, repleta de fórmulas matemáticas garabateadas en todas direcciones durante la clase magistral. Algunos estudiantes seguían sentados en sus bancos, contemplando cómo la pizarra se volvía negra y brillante allí donde se iban creando anchas franjas húmedas, cómo la agüilla de tiza chorreaba blanquecina, y, cuando el bedel por fin recogió y retiró la última hilera de gotas, aún en movimiento, con una pasada horizontal que remataba la limpieza en una esquina inferior del encerado, a algunos de los espectadores les invadió una sensación agradable. A Richard Hieck, por ejemplo, el brillo negro de la pizarra húmeda le recordaba el terciopelo del cielo nocturno.

Richard Hieck se deslizó sobre el asiento para levantarse de uno de los bancos corridos de la última fila. Al igual que el bedel, llevaba bata de laborante negra, pero abrochada hasta el cuello como una sotana, y carecía de la desenfadada agilidad que caracterizaba al primero, pues él era muy alto y más bien patoso y, por más que tenía cuidado con los faldones de la bata, siempre se le enganchaban en el

asiento abatible. No obstante, al margen de su torpe corpulencia –es más: casi en contradicción con ella–, tenía un cráneo huesudo y provisto, en la parte delantera, de un rostro cuya ausencia de grasa y rasgos marcados permitían intuir que, con el tiempo –suponiendo que también llevase una determinada forma de vida– adquiriría la dureza ascética de las fisonomías españolas. Por las ventanas del pasillo, que ofrecía el aspecto habitual en cualquier descanso entre clase y clase, se asomaba el sol del invierno, reforzada su luminosidad por la nieve de los tejados de enfrente; de los radiadores de debajo de las ventanas subía el calor, y los rayos de sol que se filtraban a través del cristal quedaban impregnados de una nebulosa de humo de cigarrillos, se oían pasos que iban y venían con desgana por los suelos de tarima, se veían colillas en los rincones, de las puertas abiertas de las aulas emanaba un aire viciado y olía a polvo. Hieck, con sus andares rígidos, como si casi no moviera los pies, el hombro derecho siempre un poco levantado, se dirigió hacia el despacho del profesor Weitprecht, el catedrático. Se trataba de su tesis doctoral.

La puerta que conducía al aula donde celebraban los exámenes, que también hacía las veces de antesala del despacho de Weitprecht, estaba abierta. Allí tenían alojada la biblioteca del departamento; desde las paredes saludaban los retratos de algunos catedráticos de renombre, y sentado a la mesa de juntas, rodeada de sillones amarillos, estaba el doctor Kapperbrunn, el matemático ayudante de Weitprecht. Como matemático puro, despreciaba el campo de la física, y a Hieck, como se había pasado de las matemáticas puras a la física, solía someterlo a un escarnio especial. Levantó la vista de las tablas de cálculos en las que estaba trabajando muy aburrido.

–Buenas, Hieck... Qué, ¿aún se acuerda de sumar?

–No –respondió Hieck, todo serio–, un matemático auténtico no necesita saber sumar.

–Estupendo... –dijo Kapperbrunn–, pero no me vendría nada mal que me quitara de encima esta morralla.

–No faltaba más –dijo Hieck educadamente–, ¿me permite echarle un vistazo?

Kapperbrunn se levantó. Tenía un gesto guasón, poca cara de científico, todo en él era un tanto redondeado, ya se le intuía sin lugar a equívoco una futura barriga, cuyo desarrollo, por el momento, aún conseguía frenar con varios tipos de medidas.

–Qué bien que mañana sea domingo –comentó–. Usted no esquía, ¿verdad?

Hieck, inclinado sobre las tablas de las que enseguida se había apropiado, respondió:

–Esto es un error o un milagro.

–Ojalá sea el milagro –dijo Kapperbrunn sin gran interés.

–Un valor mínimo como éste no puede ser..., tendría que haberle llamado la atención al profesor Weitprecht.

–Sí, algo mencionó al respecto –replicó Kapperbrunn–, pero, después de todo, también los catedráticos se pueden equivocar, sobre todo cuando el error les viene de perlas.

Hieck miró hacia la puerta que conducía al despacho de Weitprecht.

–No, no, no está, pero ya se lo he dicho yo también, y a la cara... Por cierto, esta tarde me marcho a la cabaña de Klober y no estaré de vuelta hasta el domingo por la noche.

Hieck dijo:

–Si esto es correcto, es una revolución de la física.

–Revoluciones ha habido ya muchas –dijo Kapperbrunn.

Entró Weitprecht. Por encima de sus gafas de media montura, miró a los presentes con receloso nerviosismo, aunque también con cierta intensidad, como si su afilado rostro de pájaro estuviera al acecho.

–¿Es correcto esto, doctor Kapperbrunn?

–Por lo que respecta a los cálculos, estará bien, profesor.

–Bueno, ya..., mire, doctor Kapperbrunn, yo no dejo de sospechar que este fenómeno habría que abordarlo desde la teoría de grupos.

Kapperbrunn levantó la cabeza:

–Eso habría que pensarlo.

–Pues sí, por favor, hágalo. –Weitprecht se dirigió hacia su despacho, pero se detuvo una vez más–. En realidad, podría darnos claves importantes.

Kapperbrunn señaló a Hieck con un gesto.

–Bueno, aquí tenemos a nuestro viejo experto en teoría de los números... A ver, usted, que ya había publicado alguna cosa sobre la teoría de los números, antes de caer en pecado, ¿qué opina?

Hieck dijo:

–Aún no lo veo del todo claro, pero tendré mucho gusto en ocuparme del tema.

–¿Cómo se llama? –preguntó Weitprecht al instante, y luego se sentó con él–: Ay, sí, si es Hieck, discúlpeme.

–Profesor, yo en realidad venía a preguntarle si ya ha podido echarle un vistazo a mi trabajo –tanteó Hieck.

–¿Su trabajo? ¿Su trabajo? –Weitprecht hizo por acordarse–. Eeeh... Está en ello Kunz... Bueno, estará bien, claro..., pero entretanto vendría realmente bien que hablara usted un poco con el doctor Kapperbrunn sobre ese abordaje desde la teoría de los números... De verdad que sería muy importante para mí.

Y desapareció en el interior de su despacho.

–En fin, ya ve... –dijo Kapperbrunn, una vez que Weitprecht hubo desaparecido–, así se vive en el cómodo puesto de funcionario al que aspiro. Claro que cuando yo sea catedrático, mis ayudantes tendrán una vida más descansada, de eso sí que puede estar seguro.

Hieck dijo pausadamente:

–No deja de ser una idea sugerente..., quizá no haya sido un error de observación, después de todo.

–Un jefe inquieto es un dolor de muelas... y las ideas sugerentes son un dolor de muelas de los malos. En fin, le daré una vuelta al asunto en la cabaña...

–Yo el año pasado únicamente trabajé en teoría de conjuntos –dijo Hieck.

–También puede probar desde la teoría de conjuntos.

–¿Lo está diciendo en serio? –quiso saber Hieck.

–En la ciencia, las cosas más absurdas de repente se vuelven serias. –Kapperbrunn se había metido las manos en los bolsillos del pantalón y se asomaba a mirar la nieve—. Al menos en toda ciencia que no sea la matemática pura... En matemáticas, dentro de lo que cabe, es donde se procede de la manera más limpia.

–Sí –dijo Hieck.

–¿Sabe una cosa? –dijo Kapperbrunn–, las matemáticas son una especie de acto desesperado de la mente humana... Hay que reconocer que en sí mismas no nos hacen falta para nada, pero constituyen una especie de isla de la decencia, y por eso me gustan.

Hieck no encontró mucho que objetar. Kapperbrunn le parecía un cínico, y cometía traición contra algo, sólo que no acababa de verse qué era lo que traicionaba. ¿Las matemáticas? Para Hieck eran algo muy emocionante, aunque tampoco podía precisar demasiado los motivos, no sabía por qué eran tan emocionantes. Y ahí ya estaba Kapperbrunn yéndose a otro tema.

–Las únicas que se lo toman realmente en serio son las mujeres –dijo, señalando hacia el otro lado de una puerta del pasillo que se había quedado abierta y donde se veía a un pequeño grupo de alumnas—. Si es que habría que dejar que sólo se ocuparan de la ciencia las mujeres. En tiempos, también eran ellas las que hacían el trabajo del campo. Los hombres, en cambio... Usted, Hieck, con esa estatura, tendría que haber sido leñador.

Hieck no era persona fácil de sacar de su terreno. No pudo evitar ponerse a hacer el cálculo básico para cual-

quier carpintero de cómo extraer la tabla de mayor volumen a partir de un tronco. Era un problema de máximos, aunque ya había una fórmula para calcular esos valores. Ahora oía decir a Kapperbrunn:

–Búsquese usted una chica de entre éstas de ahí, suponiendo que haya alguna guapa, y póngase unos esquíes unos días, hombre. Aproveche para pasarlo bien, mientras no sea todavía una persona respetable, que luego eso llega demasiado pronto.

–Sí –dijo Hieck, pensando en la biblioteca, que era donde tenía que ir ahora. No sabía bien cómo escabullirse, de manera que, sin más dilación, hizo una reverencia infantil y un tanto fuera de lugar y ya había salido del aula.

2

Sin imaginárselo nadie y sin ser él mismo consciente de ello, Hieck había tenido una adolescencia difícil. Ciertamente no se debía a una situación modesta, pues comida no le había faltado nunca, al menos hasta la guerra. Y luego lo habían enviado a casa de unos parientes del campo, donde tampoco vivió mal, sino más bien lo contrario. No, no era por eso, o en el fondo sí, puesto que lo angustioso e inefable de aquellos años jóvenes estaba ligado a lo que se podría llamar la naturaleza flameante que venía del padre y se transmitía al hogar entero, impregnando cuanto sucedía de una atmósfera de incertidumbre inasible. Incluso ahora que llevaba muerto siete años, aquel fuego que flameaba invisible e inquietante todavía tenía una repercusión tan fuerte que Richard Hieck nunca había dejado de sentir el terror que siempre lo perseguía de niño; una y otra vez se sentía presa de aquel terror palpitante, sobre todo ante la puerta de la casa familiar, en la Kramerstraße.

El padre había sido un hombre muy callado, casi delicado, con una corta barba negra enmarcándole el rostro de

asceta, y se dedicaba a alguna profesión gris que jamás se supo en qué consistía y que llamaban, sin más, «el trabajo», pero era justo ese silencio suyo, unido a la existencia desapercebida que llevaba y a cómo reaparecía por sorpresa lo que tornaba tan inquietante aquella casa. Horario de trabajo era imposible que tuviera, pues a veces volvía a casa muy tarde y ya habían mandado a los niños a la cama, y uno no se atrevía a quedarse dormido antes de oír sus pasos; y cuando luego pasaba a la habitación, cosa que jamás dejaba de hacer, se quedaba contemplando a los fingidos durmientes largo rato, tan largo que casi resultaba insopportable, o abría la ventana para que la luna se derramase sobre las camas, y también solía sentarse en una silla sin hacer ruido para quedarse allí ni se sabía cuánto tiempo. Nunca sucedía, como con otros padres, que saliera de paseo con sus hijos, y una vez –un domingo por la mañana– que la madre lo mencionó, casi con anhelo, porque hacía un día de primavera espléndido en el mundo de ahí afuera, él, que no solía concederles una sonrisa casi nunca, se echó a reír de corazón y le dijo: «El mundo arde en nuestro interior, no fuera de nosotros». Aquel acontecimiento, que siguió ardiendo por su propia cuenta, inolvidable, imposible de acallar, se le había quedado grabado para siempre al niño, no tanto por las palabras, que de por sí ya sonaban bastante peculiares, como por la mirada oscuramente divertida que las acompañó y que era una mirada que rechazaba todo objeto sobre el que se posaba al mismo tiempo que lo transformaba de un modo extraño; era un rechazo de todo lo patente, y eran la mirada y los ojos de un ser nocturno del que, en realidad, no se sabía cuándo dormía y en quien tampoco dejaba de resultar asombroso cada vez que tomaba algún alimento. Sí, un ser nocturno que había ido a parar al día por puro azar, y cuando, más adelante, una nublada noche de luna, después de la cena, tomó de la mano al hijo mayor –era Richard– para llevarlo de excursión al lugar del que, en su momento, había hablado la madre, la noc-

turnidad de aquel paseo que sustituía al que les habían negado a la luz de la tarde no pudo resultarle sino de lo más natural. Richard no había sentido miedo, a pesar de que los árboles festoneaban el bosque de negro y las ranas croaban al borde del arroyo, y no daba crédito cuando el padre, de repente, se adentró por la pradera saturada de niebla para ponerse a coger flores. Lo que sí le resultó inquietante fue cuando, de regreso a la ciudad, el padre, que hasta entonces había llevado las flores en la mano con mucho cuidado, dando a entender que serían para la casa o para la madre, las lanzó al río desde el puente; «estrellas sobre el agua» fueron las palabras que pronunció. Y así era siempre todo con él, nada era inequívoco, todo acababa flameando, e incluso la madre, quien por su carácter y sus orígenes campesinos sin duda habría preferido llevar una vida menos recogida, incluso ella adquirió algo sombrío bajo la influencia de aquel hombre, de aquel hombre sombrío bajo cuya mirada se descomponía por entero todo el entramado de relaciones, de manera que al final ya no se sabía qué mantenía unida aquella familia, por qué eras hijo de aquellos padres, hermano de aquellos hermanos, si eras algo siquiera. En aquella casa no se hablaba nunca del padre, y cuando murió, no se conservó ninguna imagen que lo recordara, tal vez porque aquella muerte estaba tan marcada por la incertidumbre como la vida entera de aquel hombre, pues estar muerto tan sólo significaba una diferencia de grado, una capa de niebla algo más espesa, una muerte auténticamente ilusoria después de una vida auténticamente ilusoria, un camino que desde el principio había conducido a través de la noche y no conocía el crepúsculo.

Así había sido esa adolescencia ensombrecida de un modo tan particular, y si bien había tenido una repercusión distinta en cada uno de los hijos, cada uno de los hermanos llevaba en su interior un pedazo de aquella sombra. En dos de ellos se tradujo en un carácter inquieto e indomable; Rudolf, de veintidós años, estaba en Sudamérica y no daba

señales de vida, y Emilie, un año menor y ya del todo emancipada después de una fogosa historia de amor, andaba por Berlín o cualquiera sabía dónde. Por el contrario, la segunda hermana, Susanne, la que más se parecía a Richard en el físico, una muchacha grandota y de rostro duro, llevaba años preparándose para ingresar en un convento y no había nada que la disuadiera de su propósito. Hacia dónde habría de encaminarse el benjamín, Otto –entre ambos, había muerto otro niño–, aún no se podía adivinar: la madre decía que aquel chico, guapo y delgado, se parecía al padre, aunque su ser alegre y descarado no tenía nada que ver con la naturaleza nocturna de aquél, ni siquiera cuando, exagerando su resignación, comentaba que la falta de dinero lo obligaba a renunciar a su anhelo de ser pintor y, en lugar de ello, aceptaría un puesto de aprendiz en un taller gráfico.

Aquella disolución de la existencia que contagiaba el padre habría podido traer consigo que los hijos se quedarán sin oficio todos. Y fue, en cierto modo, una reacción a la influencia y a la esencia paterna el que Richard se aferrara con tanto empeño a la escuela y a los estudios en la universidad: en la escuela y su orden al menos encontró una parte de la univocidad que le habían robado de niño. Y muy probablemente por eso mismo mostró muy pronto una inclinación secreta hacia las cosas claras y matemáticas, una inclinación que en las clases de Matemáticas cristalizó en la idea de que, alguna vez, sería él quien transmitiera todas estas cosas maravillosamente unívocas a una clase. Aún seguía viva en su interior esa idea, e incluso hoy le venía a la mente una clase, y su propio rostro de niño entre el grupo, levantando la mirada hacia la tarima sobre la que él mismo se encontraría: esa idea se había convertido en su proyecto de vida, e inequívocamente se había mantenido fiel a ella, pues se estaba preparando para ser profesor de Matemáticas. Por el momento, daba clases particulares. Y ya había tenido ocasión de darse cuenta de que, por su intolerancia,

no era buen profesor. Pero cobraba poco, con lo cual siempre conseguía un suficiente número de alumnos y así ganaba un dinerillo no sólo para sus gastos, sino también para ayudar a su madre con la casa. La madre, como era de esperar, había experimentado un cambio, lento pero notorio, desde la muerte del padre; había vuelto a su verdadero ser, por así decirlo. Por difícil que se hubiera tornado la vida para ella, aquella mujer que ya pasaba de los cuarenta y cinco se volvía cada vez más alegre; es más, en su manifiesta alegría casi estaba ahora más guapa de lo que había sido nunca. Y por más que la vida que llevaba su hija Emilie la disgustaba, en realidad casi miraba con envidia a esa hija que, sin duda, le resultaba más cercana que Susanne con su intención de entrar en el convento. Era imposible no ver el continuo avance de aquel proceso de mundanización y rejuvenecimiento interior, incluso para Richard, que no conseguía ignorarlo, por muy enfrascado en sus propios problemas que estuviera y por mucho que, una y otra vez —él mismo era consciente de ello—, apartara los ojos casi con odio, para no tener que darse cuenta del cambio de su madre.

3

Richard tenía delante los resultados de la serie de experimentos de Weitprecht e intentaba darles una interpretación desde la teoría de grupos. Había envuelto la lámpara que colgaba sobre la mesa en papel de periódico para no molestar a Otto, que ya estaba en la cama. Era la escena de todas las noches, y hacía años que a Richard le resultaba tan familiar como el olor de la casa o como sus ruidos. No sólo conocía el olor de cada una de las habitaciones a las distintas horas del día, no sólo sabía hasta qué florecita del papel pintado llegaba la sombra del marco del espejo, sino que también distinguía los ruidos del suelo cuando alguien se movía en su silla y, si aguzaba el oído lo bastante, alcan-

zaba a reconocer por el estado de los muebles y del aire si quien estaba en la habitación dormía o tan sólo estaba muy quieto y se hacía el dormido.

Las cortinas de la ventana no estaban echadas; la conocida escena de siempre.

El silencio de la habitación se iba cargando como un arco cada vez más tenso. Richard sentía que Otto estaba despierto. Eran hermanos y, sin embargo, cada cual estaba totalmente encerrado en sí mismo, y cada uno tenía que enfrentarse como pudiera a la tarea de labrar su propia persona reelaborando la herencia que latía en su interior. Richard intuía algo de aquella tarea y envidiaba a Otto; tal vez el pequeño tendría la vida menos difícil, a él le resultaría menos difícil encontrar su verdadero yo, puesto que no lo tendría escondido debajo de tanta masa de torpeza como era su caso. Aunque no era sólo eso lo que hacía que el destino de Otto pareciera más fácil: en todos los aspectos prácticos, por no hablar de cuando entraban en juego los temas de dinero, Otto, a pesar de la semejanza física con el padre, se revelaba hijo de su madre como persona pragmática, siempre dispuesta a aprovechar todo al máximo, a extraer lo mejor de cualquier circunstancia, y Richard no dejaba de sorprenderse una y otra vez de que el muchacho hubiera logrado darse por contento con un oficio práctico que no era lo que él quería, y siempre tendía a atribuirlo a ese afán de disfrutar de lo mundano que le venía de la madre. Pero, como aquellas cavilaciones le perturbaban en el trabajo, de pronto rompió el silencio:

–Tú ya te podías dormir de una vez.

–Eso no funciona así, como obedeciendo una orden –replicó Otto.

–Si no te duermes, yo aquí no puedo trabajar.

Otto se había sentado en la cama. No se veía, en el rincón a oscuras donde estaba la cama, pero Richard lo percibía.

–Acuéstate –le dijo.